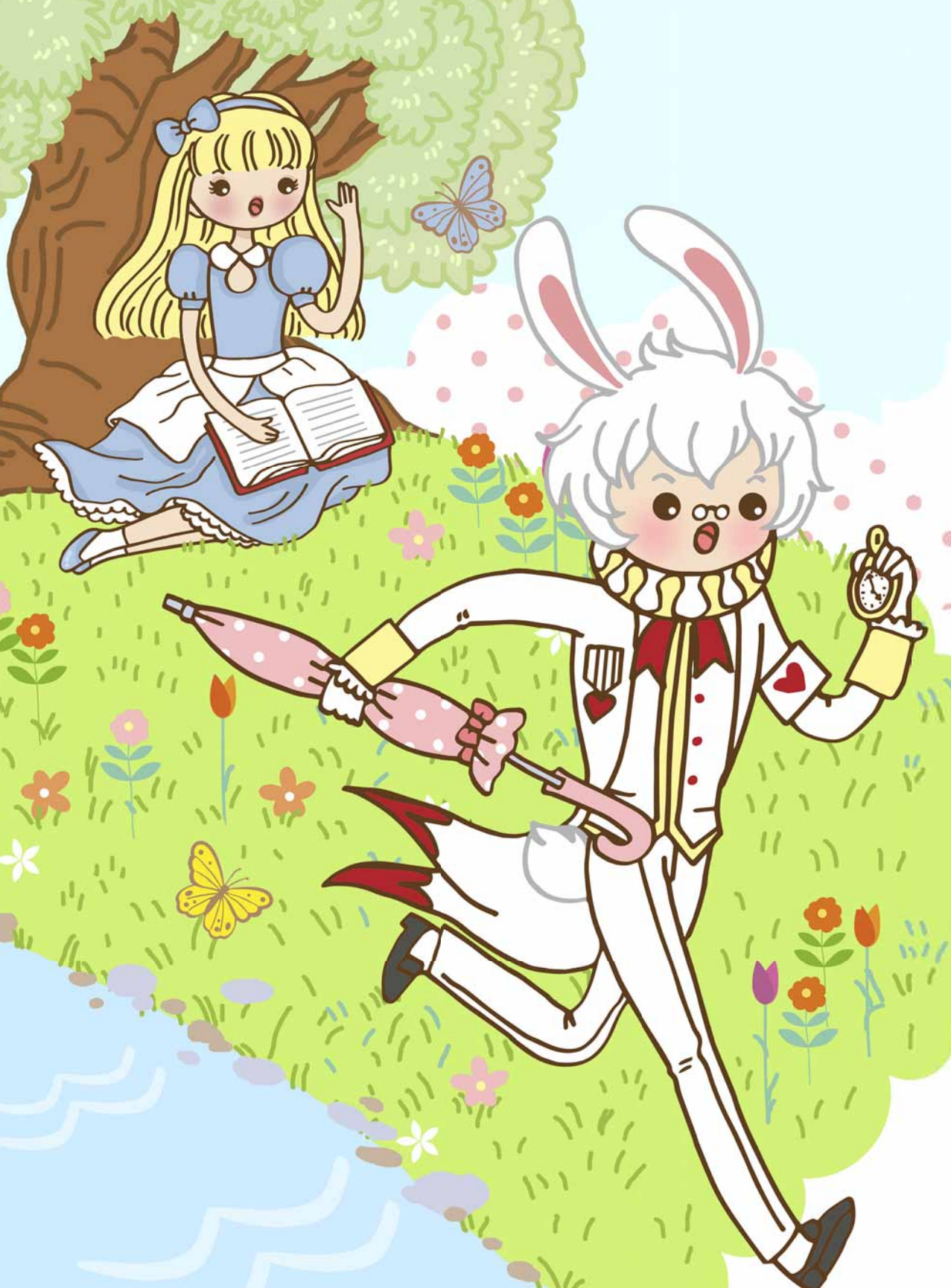


Alicia en el País de las Maravillas



Lewis Carroll

Adaptado e ilustrado por Francese Gómez Guillamón





1 La madriguera

ALICIA llevaba sentada en la orilla del río toda la tarde y empezaba a estar cansada. Era una joven de cabello rubio plateado y bastante hermosa que hojeaba un libro sin dibujos. Se estaba preguntando de qué le servía leer un libro como aquel cuando, de repente, algo le hizo dejarlo sobre la hierba. Un chico con orejas y cola de conejo blanco apareció corriendo de detrás de unos arbustos y pasó por delante de ella sin tan siquiera mirar hacia donde estaba sentada.

—¡Voy a llegar tarde! ¡Voy a llegar tarde! —gritaba el extraño muchacho.

A Alicia no le pareció nada raro aquel comportamiento, pero cuando el conejo se sacó un reloj de bolsillo del chaleco pensó que ella nunca había visto un chico así, por lo que se levantó de un brinco y empezó a seguirle. El Conejo Blanco se paró delante de una madriguera para mirar atrás. Al ver que Alicia se acercaba hasta donde estaba él, se adentró por la madriguera y, sin esperarla, desapareció. Alicia dudó al principio si debía continuar siguiéndole, pero su curiosidad le nubló la mente y se metió también por el agujero en la tierra.



Al principio se extendía a lo largo y, después, torcía brusca-mente hacia abajo. Alicia acabó cayendo al vacío por un profundo agujero en la tierra.

Pensó que era bastante hondo, porque mientras caía despacio, observó algunos cuadros, muebles con lámparas y toda clase de objetos que la acompañaban en su descenso. Cuando se vio reflejada en un espejo, se dio cuenta de que su ropa había cambiado, ya no llevaba el mismo vestido que antes.

—A lo mejor atravieso toda la tierra y llego donde la gente camina cabeza abajo —pensaba Alicia para no aburrirse en su caída, aunque sabía que la idea era absurda.

¡Cataplum!

Alicia terminó de caer y lo hizo sobre unas almohadas muy blanditas. Frente a ella se extendía un largo pasadizo. A lo lejos, el Conejo Blanco seguía corriendo y gritando que llegaba tarde.

Alicia se levantó y empezó a correr otra vez detrás de él. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, el Conejo Blanco llegó a una sala, se metió por la única puerta que había y la cerró. Alicia se preguntó cómo se las arreglaría para salir de allí, ya que la puerta estaba cerrada con llave. Además, a medida que se acercaba a ella, comprobó que era diminuta y no entendía cómo el Conejo podía haber pasado por allí.

Una mesita de té apareció de la nada. Sobre ella había una diminuta llave de oro que pensó que correspondía a la única puerta que había en la sala, pero cuando probó a meterla en la cerradura, no





encajaba porque era demasiado grande. Al volverse hacia la mesita de té encontró una botellita con una etiqueta de papel que decía:

—*Béberme.*

Pero Alicia era muy prudente y, antes de beber de la botellita, comprobó si por algún lado aparecía la señal de peligro o de veneno. Al no encontrarla, tomó un sorbo. Primero le supo a plátano; tomó otro sorbo, que le supo a fresa, y un tercer sorbo, a piña.

Alicia empezó a encoger poco a poco hasta alcanzar la medida exacta de veinticinco centímetros.

